

situación del Imperio, y ver si éste, y sólo éste, podía asegurar la *Independencia nacional*, objeto capital que mantiene las armas en nuestras manos.

“Resultado de ese viaje fué afirmar más el convencimiento que antes ya se tenía: que el Imperio no puede asegurar la Independencia de la Nación porque carece de base moral, y esta base moral le falta, porque él no es la emanación neta y pura de la voluntad de la mayoría de los mexicanos. Si no hubiera pruebas que afirmaran esta aserción, ahí está una muy elocuente y al alcance de todos: el partido conservador para crear al Imperio necesitó apoyarse en las bayonetas extranjeras, y el Imperio para sostenerse, después de una lucha de cuatro años, que han sido de lágrimas y de sangre para los mexicanos, necesita más y más de ese apoyo extranjero.

“Así pues, conciudadanos, no era posible arreglo alguno con el Imperio, y como precisa consecuencia, queda abierta de nuevo la guerra, desde el día 15 próximo. Las fuerzas de mi mando entran á ella con la fe y el vivo sentimiento de que cumplen el más grande é importante de sus deberes como ciudadanos: *la defensa de la Patria*; mas esta guerra la harán como hacerla deben fuerzas civilizadas que tienen la convicción de combatir por una noble y justa causa.

“Las personas y los intereses de la gente pacífica de todos los pueblos serán objeto de respeto y de toda clase de garantías por parte de estas fuerzas. Los traidores que se unen á los extranjeros para esclavizar á su patria, son los que se castigarán con la severidad que merezca un crimen tan horroroso como infame.

Cuartel General en Xochiapulco, 13 de Julio de 1865. — *Juan F. Lucas.*”

Terminada la suspensión de armas la guerra continuó con más ardor: el enemigo extranjero, auxiliado por los traidores, redobló sus esfuerzos; y en esa virtud, los combates parciales y de éxito dudoso comenzaron en toda la línea; y hacia el 16 de Julio, fuertes columnas de austriacos y traidores atacaron las posiciones de Apulco, desalojando de ellas á los soldados de Xochiapulco, quienes, á las órdenes de los jefes Bonilla y Lucas emprendieron la retirada rumbo á Tetela, para auxiliar esta plaza que á la sazón y el mismo día, era batida por más de 2,000 hombres, á las órdenes del capitán D. Tancredo Della Salla, austriacos unos, y los demás procedentes de las poblaciones cir-

cunvecinas de Aquixtla, Chignahuapan, Tlaxco, Huamantla, Santa Catarina, San Mateo, San Baltazar, Cuacuila, Xaltatempa y rancherías de Ixtacamastitlán.

El enemigo desprendió cuatro columnas sobre la plaza, que estaba defendida por cosa de 400 hombres del batallón Guardia Nacional de Tetela, y 200 del barrio de Cuahuictic, al mando de su digno Coronel Dionisio Leal, siempre fiel á la santa causa de la patria.

Mandaba en Jefe el esforzado General Méndez, quien tenía á su lado á los bizarros Generales Ramón Márquez Galindo y Manuel Andrade Párraga, y como jefe del Cuerpo de Tetela, al Teniente Coronel Braulio Zamitiz, y Mayor al ciudadano José M. Sosa.

La lucha estuvo desesperada; y aunque una de las columnas de ataque fué derrotada, en virtud de la carga brusca que se le dió, el resultado no correspondió á los esfuerzos de los republicanos, cuyos jefes, persuadidos de lo imposible que era prolongar la lucha con buen éxito, ordenaron la retirada hacia el punto denominado “Cumbre de Moracco,” al Oriente de la población; mas como el trayecto que había que recorrer era muy escabroso y de más de una legua de extensión, mucho fué lo que se sufrió por los continuados y certeros fuegos del enemigo.

Además, el Sr. Méndez iba á la vanguardia, y al llegar á la cumbre expresada fué recibido por una terrible descarga de fusilería, pues parte de las fuerzas invasoras había ocupado aquella posición estratégica y dominante: su caballo, mortalmente herido, cayó con él, que milagrosamente pudo salvarse á pie cruzando por las filas contrarias, y ocultándose en un bosquecillo inmediato.

Los que le acompañaban se dispersaron por el monte; y un sargento, Miguel Cruz, perteneciente al batallón de Tetela, se situó en la cumbre del cerro del Zotolo, se parapetó detrás de un árbol y comenzó á tirotear al enemigo, gritando á la vez, ¡Viva Tetela! ¡Viva Xochiapulco! voces que dieron un buen resultado, pues creyendo el enemigo que las fuerzas de este último punto se hallaban ya presentes en la montaña, emprendió la retirada, en medio del fuego que en progresión se le iba haciendo, por la reunión de milicianos en el referido Zotolo.

Esto salvó al General Méndez, pues aunque de pronto sus compañeros de armas lo creyeron muerto, y por lo tanto su pena no recono-

CAPITULO DE LA GUERRA
 LIBRO I
 TERCERA PARTE
 LA GUERRA DE 1865

cía límites, ésta se trocó en júbilo cuando pasados algunos momentos lo vieron aparecer sereno como siempre, y sólo con una ligera contusión en una pierna: un grito unánime, aterrador, de ¡Viva México! fué la salutación dirigida al caudillo que en aquellas circunstancias, había llegado á ser el alma de los patriotas que se batían con tanto denuedo en aquellas risueñas y legendarias campiñas.

A las cuatro de la tarde llegaron los jefes Lucas y Bonilla con sus valientes xochiapulquenses, manifestando haberles sido imposible sostener la posición de Apulco, atacada por más de dos mil hombres de Zacapoaxtla, San Juan de los Llanos, Chalchicomula y austriacos; y juntos regresaron á la población acabada de abandonar por el enemigo:

Sublime era el espectáculo que presentaba aquel grupo de patriotas, contemplando con serenidad los desastres del incendio y del pillaje acabados de ejecutar por el invasor, y el cuadro que ofrecía una población desolada, cuyas familias, sin pan, sin abrigo y sin hogar, vagaban errantes por los montes y las barrancas.

En el ataque de la plaza murieron varios individuos de la clase de tropa, entre ellos los ciudadanos Rafael Santos Bonilla y el soldado de la banda, Marcelino Cortés; por la noche hubo una junta de guerra, y como resultado de ella, se resolvió evacuar definitivamente la plaza, en virtud de la impotencia que había para sostenerla: se acordó también que las fuerzas que quisieran hacerlo y los Generales Andrade Párraga y Márquez Galindo, marcharan rumbo á la Costa de Barlovento, quedando los valientes xochiapulquenses y los leales hijos del barrio de Cuahuetic, con sus indómitos jefes, llamando la atención de los imperialistas y traidores del rumbo.

En tal virtud, el 17 del mismo, ó sea el día siguiente se emprendió la marcha desfilando por el barrio de Táchico, y por los pueblos de Totutla, Zapotitlán, Hueytlalpan y Olintla, donde se encontraban los patriotas zacatecos á las órdenes del Gobernador Ortega: el enemigo, al mando de un individuo de Chignahuapan, llamado Miguel Morales, les hizo una persecución tenaz hasta cerca del pueblo de Coyutla (Estado de Veracruz), en que la columna se incorporó á las fuerzas de Papantla y Tuxpan, que mandaba el General Don Vicente Lara.

Llegados allí, se acordó, incontinenti, un movimiento retrógrado, con el objeto de acometer y batir la plaza de Zacapoaxtla; movimien-

to que no tuvo realización por haberlo impedido la vigilancia del enemigo, el cual, situado en los pueblos de Hueytlalpan, Olintla y otros puntos limítrofes y estratégicos, tuvo noticia de la operación emprendida, y dió oportuno aviso de ella al Jefe austriaco que se hallaba mandando en Zacapoaxtla, el cual ordenó á las tropas de la línea avanzaran en el acto y cubrieran á toda costa la retirada de los republicanos, mientras que él, saliendo de aquella población con una fuerte columna los batía de frente.

Una casualidad hizo caer en poder de los defensores de la patria la nota que contenía la combinación del enemigo, debiéndose esta feliz circunstancia á la viveza y arrojo de un joven zacapoaxtleco (Francisco Pérez), que servía desde hacía tiempo á la causa de la República, y quien quitó los pliegos á los correos que los llevaban al campo enemigo, entregándolos al Jefe de la columna republicana.¹

Fracasado el ataque á Zacapoaxtla, fué preciso regresar violentamente á Papantla; mas para ello había que llegar de los primeros al pueblo de Zozocolco el Nuevo, pues las fuerzas imperialistas, en número considerable, avanzaban en esa dirección con el objeto de impedirlo: el riesgo fué inminente; sin embargo, se obtuvo lo que se deseaba, y Morales pagó con la vida su obsecación, muriendo en el combate dado en el expresado pueblo, y las huestes republicanas se vieron salvadas de un gran peligro por la dispersión de las chusmas del fanático cabecilla.

A la vez que Tetela sufría el ataque que dejamos reseñado, el pueblo de Ahuacatlán, punto adonde, como hemos dicho, se habían retirado los patriotas zacatecos, haciendo de él su Cuartel General y la base de sus operaciones militares, recibía la visita de una fuerte columna austro-traidora, que comenzó su agresión el 16 del citado Julio, para concluir la el siguiente día 17, de la manera que vamos á narrar:²

“La plaza de Ahuacatlán estaba ocupada por tropas republicanas

1 Aunque la nota aludida estaba escrita en alemán, casualmente en el cuerpo republicano había dos desertores austriacos que poseían ya el español, y quienes la tradujeron á este idioma, prestando con ello un gran servicio á la causa nacional.

2 El relato del combate memorable de Ahuacatlán, y que insertamos en esta obra, lo debemos á la amabilidad del Sr. Don Antonio Sosa y Nava, persona respetable de la localidad, y testigo ocular de los acontecimientos.

en número como de 200 hombres, al mando del Comandante Militar del Distrito, ciudadano Ignacio Sosa, Coronel de Guardia Nacional.

En la tarde del día 16 de Julio de 1865 las fuerzas imperiales, en número de 700 hombres, poco más ó menos, al mando del jefe austriaco capitán Kursroch, atacaron las cumbres de Nepopualco, cuyo punto estaba resguardado por la primera compañía del batallón de Zacatlán, al mando del capitán Miguel Martínez. El ataque comenzó como á las cinco y media y después de una hora de combate, fué tomado el punto por el enemigo, retirándose la tropa que lo defendía, á muy corta distancia, desde donde hostilizó á aquél durante toda la noche. Las fuerzas que iban en auxilio de los defensores del punto tomado regresaron hasta Ahuacatlán, quedando una parte en el pueblo de San Francisco.

En la noche del mismo día 16 dispuso el Sr. Coronel Don Ignacio Sosa, que mandaba en jefe, el plan de defensa de la plaza y ataque al enemigo; y á las cuatro de la mañana del día 17 salió de Ahuacatlán toda la fuerza, con el fin de batirlo y quitarle la posición que había tomado el día anterior. El ataque estaba dispuesto del modo siguiente: tres columnas, la primera al centro, formada por la Legión de honor, al mando del Comandante Gabriel Sosa; la segunda, ocupando el flanco izquierdo del enemigo, la formaba la compañía de Ahuacatlán, mandada por el valiente capitán Mariano Pérez, y la tercera, al flanco derecho del enemigo, formada por la compañía mixta del batallón de Zacatlán, al mando del Teniente Manuel García.

Con la Legión de honor iba también al centro un piquete de caballería, que mandaba el Coronel Don Antonio Pérez. Antes de poder atacar nuestras fuerzas al enemigo, éste se había organizado, y como á las cinco y media ó seis de la mañana cargó vigorosamente sobre la columna del centro, avanzando así hasta el lugar llamado *Cuanala*, donde estaba situada la compañía de Ahuacatlán, que junto con la que mandaba el capitán Miguel Martínez cargaron sobre el flanco izquierdo del enemigo, logrando fraccionarlo en dos columnas ó mitades, de las cuales, la que quedó á retaguardia, se vió obligada á retroceder, tomando el camino de Zacatlán, perseguida por el Comandante Gabriel Sosa hasta el río Ajajalpan. La columna que retrocedió se componía de algunos húngaros y de los traidores de Chignahuapan, Otlatlán y Atecochco: el resto avanzó rumbo á S. Francisco por

el camino real, hasta llegar al templo de dicho pueblo, donde se trabó un combate terrible que costó al enemigo siete muertos y á los republicanos 2, y 4 heridos.

Los invasores avanzaron valientemente por todo el camino, hostilizados por nuestras fuerzas hasta Ahuacatlán, posesionándose del templo parroquial que está situado en una altura; esto sería como á las diez de la mañana del mismo día 17. Posesionado el enemigo del templo, ocupó las bóvedas y torres y desde allí se defendía del ataque de los republicanos.

El Sr. Coronel Ignacio Sosa mandó formar 2 columnas, de las cuales una ocupó la eminencia que está al lado izquierdo del templo, y la otra atacó de frente, protegida por la primera.

Batido así el enemigo, se logró desalojarlo de las bóvedas, como á las tres de la tarde, y en ese momento, los valientes Delfino Sosa, Antonio Díaz, José M. Vázquez Santos y otros, asaltaron dichas bóvedas sirviéndose de escaleras de madera y desde las ventanas de la media naranja atacaron al enemigo, que abandonando también las torres fué reducido al interior del templo, el coro y el curato que está contiguo, y al lado izquierdo del referido templo: todos estos edificios estaban ya cercados por los soldados de la República.

Como á las 4 de la tarde, estos comenzaron á incendiar las puertas del templo, y una columna del enemigo, encabezada por el jefe Kursrock rompió la línea por el zaguán del curato, y sobre los asaltantes tomó el camino que conduce á Tepetzintla; pero como á las cuatro cuerdas fué herido el jefe y se rindió dicha columna, menos los traidores que con ellos iban porque se habían dispersado.

Los prisioneros fueron conducidos á la plaza y siguió el ataque al resto del enemigo, que se había quedado dentro del templo y curato; cuyos puntos fueron tomados por asalto á las cuatro y media, llenando de gloria este hecho de armas á los valientes soldados de la República.

En esta gloriosa jornada se le hicieron al enemigo más de 40 muertos, 37 heridos y 48 prisioneros, todos húngaros y tres mexicanos, dejando en poder de los vencedores todo su armamento, parque y caballos.

En los momentos en que se efectuaba el último asalto del templo y curato, fueron fusilados por el coronel Antonio Pérez, el jefe Kursrock y el capitán traidor, José de la Luz Alvarez.